

Mi Carne es verdaderamente un alimento, y mi Sangre una bebida. La Carne que os daré para comer es la misma que será inmolada para la salvación del mundo.

P. ¿Qué promesa hizo el Salvador á San Pedro?

R. Después de su discurso sobre la Eucaristía, el Salvador recorrió los diversos pueblos de Galilea, y prometió á San Pedro establecerle Cabeza de la Iglesia, diciendo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.*

P. ¿Qué le anunció en seguida?

R. Le anunció á él y á los demás discípulos su Pasión y Muerte, y les precavió contra el escándalo de sus humillaciones.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, hijos del Zebedeo, los mismos que debían ser testigos de su agonía; subió con ellos á un monte elevado, y se transfiguró delante de ellos. Su rostro quedó resplandeciente como el Sol, y sus vestidos más blancos que la nieve; aparecieron Moisés y Elías y hablaron con Él; una nube luminosa los rodeó, y los Apóstoles, aterrados, cayeron de hinojos en tierra. Al mismo tiempo se oyó una voz del Cielo que decía: *Este es mi Hijo el amado, en quien mucho me he complacido, escuchadle.* El Salvador bajó después del monte.

Dios mío, que sois todo amor, os doy gracias por habernos enviado un Salvador que, no contento con curar todas nuestras miserias, quiso comunicarnos una vida divina dándonos en alimento su Carne y su Sangre.

Propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no omitiré nada para prepararme á la santa Comunión.*

LECCIÓN VIII

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR. — AÑO SEGUNDO

P. ¿Qué milagro obró el Salvador al bajar del monte?

R. Curó á un niño poseído del demonio.

P. ¿Qué instrucción dió el Salvador en esta ocasión á sus Apóstoles?

R. Les enseñó la necesidad y el poder del ayuno y de la oración.

P. ¿Qué otra instrucción les dió?

R. Habiendo vuelto á partir á Galilea, dió á comprender á sus Apóstoles y á todos sus discípulos la necesidad de perdonar las injurias y la indignidad de la conducta del que se niega á olvidarlas.

P. ¿Qué medio empleó?

R. Se sirvió de una parábola. Un súbdito, dijo, debía á su soberano *diez mil talentos* (unos 272 millones de reales), y no tenía con qué satisfacerle; el soberano mandó que le prendiesen, y se vendieran su mujer y sus hijos, para emplear su valor en el pago de la deuda; y el súbdito le suplicó que se apiadase de él y tuviese paciencia. Movidó el soberano á compasión, le perdonó toda la deuda. Al salir, este súbdito encontró uno de sus compañeros, que le debía la módica suma de *cien denarios* (unos 120 reales), y asiéndole del cuello y ahogándole, le dijo: Págame lo que me

debes. El desgraciado le respondió: Ten paciencia, que ya te lo pagaré todo. El otro no accedió y en el acto le hizo poner en la cárcel. Sabedor el soberano de tan bárbara conducta, mandó llamar al malvado siervo, y le dijo: Me he compadecido de ti y he perdonado toda tu deuda, ¿no debías tener también compasión de tu compañero? Y le mandó encerrar en una cárcel hasta que hubo pagado todo lo que debía. *Del mismo modo*, añadió el Salvador, *hará también con vosotros mi Padre celestial, si vosotros, á quienes ha perdonado todos los días tantos pecados, no perdonáis de todo corazón las ofensas que os hayan hecho.*

P. ¿Qué sucedió después de esta lección?

R. Tuvo lugar un acontecimiento, que dió motivo al Salvador para enseñarnos el espíritu de mansedumbre, que ha de animar á sus discípulos. Habiéndose negado á recibirle los habitantes de una ciudad de Samaria, dos de los Apóstoles le pidieron permiso para hacer bajar fuego del cielo sobre la ciudad culpable. El Salvador les respondió: *No sabéis de qué espíritu debéis estar animados; el Hijo del Hombre no ha venido á la Tierra para perder las almas, sino para salvarlas.* Y sufrió la afrenta sin quejarse, y fué á buscar asilo en otra parte.

P. ¿Qué más le sucedió en aquel viaje?

R. El Salvador proclamó nuevamente el gran precepto del amor de Dios y del prójimo; después llegó á la pequeña ciudad de Betania, y se hospedó en casa de Lázaro y de sus dos hermanas Marta y María.

P. ¿Adónde fué después?

R. A Jerusalén, para celebrar la fiesta de

los Tabernáculos, donde sus enemigos se vieron obligados á decir como el pueblo: *Nunca habló nadie como este hombre.*

P. ¿Se convirtieron?

R. No; sin embargo, el Salvador, para conmoverlos, hizo en su presencia uno de sus más ruidosos milagros: curó á un ciego de nacimiento, milagro que no había obrado ningún Profeta, y que nunca se había visto desde el principio del mundo.

Dios mío, que sois todo amor, os doy gracias por habernos enviado un Salvador cuya vida fué un continuo beneficio: dadnos la fe del ciego de nacimiento y el tierno amor de Marta y de María hacia el divino Salvador.

Propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero perdonar y perdono con todo corazón á los que me hayan ofendido.

LECCION IX

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR. — AÑO TERCERO.

P. ¿Cuál era el objeto de todas las palabras, milagros y acciones del Salvador?

R. Salvar al hombre. Con sus palabras desvanecía la ignorancia, con sus milagros nos enseñaba á creer en El, y todas sus acciones tendían á aliviar nuestras miserias y arreglar nuestra conducta.

P. ¿Qué otro objeto se proponía?

R. Desterrar el tenor excesivo que el hombre tenía de Dios, porque quería hacer suceder la ley de gracia á la de temor, é impedir que el

hombre se desesperase después de sus pecados.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Se mostró siempre bueno, afable y compasivo para con todos; y para expresar su bondad y misericordia, refirió varias parábolas, en particular la del Hijo pródigo y la de la Oveja perdida.

P. Dí la parábola de la Oveja perdida.

R. Un pastor, dijo el Salvador, tenía un rebaño de cien ovejas, y las amaba á todas y las guardaba con precaución; pero á pesar de su vigilancia, se extravió una de ellas. ¿No es verdad que apenas lo advirtió, dejó las otras noventa y nueve, y corrió en busca de la que se había alejado? La buscó por todas partes, y no descansó hasta haberla encontrado. Cuando la encontró, no la castigó, sino que se la puso suavemente sobre sus hombros, y la llevó él mismo al redil para aliviarle el cansancio de la vuelta. Cuando llegó á su casa reunió á sus amigos y vecinos y les dijo: Felicitadme, he encontrado aquella oveja que había perdido. Este es, dijo en conclusión el Salvador, el retrato de vuestro Padre celestial. *En verdad os digo: que la conversión de un solo pecador causa en el Cielo una alegría mayor que la perseverancia de noventa y nueve justos.*

P. ¿Qué hizo el Señor después de esta interesante parábola?

R. Una acción que descubre toda la bondad de su divino Corazón.

P. ¿Cuál fué esta acción?

R. Un gran número de padres y madres fueron á presentarle sus tiernos hijos pidiéndole que los bendijera. El Salvador recibió en sus bra-

zos á todos aquellos niños, les colmó de caricias, les impuso las manos y los bendijo.

P. ¿Qué hizo además?

R. Para poner su inocencia y su vida á cubierto, declaró que era preferible ser arrojado al mar con una rueda de molino en el cuello, que escandalizar á un niño, y que reputaría como hecho contra sí mismo todo lo que hicieran contra el más inferior de estos niños, que eran sus hermanos.

P. ¿Qué anunció en seguida á sus Apóstoles?

R. Que estaban próximas su muerte y su pasión; que sería crucificado, pero que resucitaría tres días después. Empleó el escaso tiempo que le quedaba en darles instrucciones, y en hacer milagros más notables que nunca.

P. ¿Cuáles fueron estos milagros?

R. Los principales fueron la conversión de Zaqueo y la resurrección de Lázaro, muerto hacía cuatro días, que tuvo lugar á las puertas mismas de Jerusalén y en presencia de gran número de judíos.

P. ¿Cuáles fueron sus consecuencias?

R. Que se convirtieron muchos judíos y creyeron en el Señor; pero celosos los pontífices y fariseos resolvieron darle muerte.

Dios mío, que sois todo amor, os doy gracias por habernos enviado un Salvador, cuya bondad se extendió á todas las necesidades y á todas las edades; conservad en mí la inocencia y el candor de la infancia, ó si tuviere la desgracia de perderlos, recibid con bondad, ¡oh tierno Pastor mío! á vuestra oveja descarriada.

Propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mí prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, voy á evitar todo lo que podría escandalizar á los niños y á los menores de edad.

LECCIÓN X.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO TERCERO.

P. ¿Era razón para que el pueblo no conociera al Salvador como Hijo de Dios el que los grandes de Jerusalén hubieran resuelto darle muerte?

R. No, porque los milagros de nuestro Señor hablaban más alto que el odio de la Sinagoga.

P. ¿Había omitido el Salvador alguna cosa que fuera necesaria para mostrar que era verdaderamente el Mesías?

R. Ninguna; había venido al mundo en la época precisa en que era esperado el Mesías; había nacido en Belén de la familia de David; había sido adorado por los Reyes, según los vaticinios de los Profetas, y durante treinta y dos años no había hecho otra cosa que perfeccionar en su persona el retrato completo del Cristo con su doctrina, su santidad, sus milagros y el cumplimiento literal de las profecías que le correspondían.

P. ¿Qué faltaba hacer?

R. Consumar la prueba de su divina misión.

P. ¿Cómo?

R. Muriendo; porque el rasgo decisivo del Mesías era su muerte en una cruz, decretada por la Sinagoga, padecida de manos de extranjeros,

seguida tres días después por su Resurrección gloriosa y coronada por su Ascensión al Cielo.

P. ¿Aterraron al Salvador los proyectos de la Sinagoga?

R. No, hasta quiso demostrar á sus enemigos que si algún día se entregaba en sus manos, era porque así lo quería.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Resolvió ir á mostrarse públicamente en Jerusalén, montado en un asna seguida de su pollino, porque el profeta Zacarías había vaticinado que el Mesías entraría de este modo. Todo el pueblo salió á su encuentro con ramos de olivo en la mano y exclamando: *Hosanna al Hijo de David: ¡bendito el que viene en nombre del Señor!*

P. ¿Qué hizo el Salvador en medio de su triunfo?

R. Lloró sobre Jerusalén, y vaticinó las calamidades que muy pronto debían caer sobre ella, y subió después al Templo, donde una voz del Cielo proclamó altamente su divinidad.

P. ¿Qué sucedió mientras estaba en el Templo?

R. Que una pobre viuda puso una pequeña moneda en el Gazofilacio ó Tesoro de ofrendas para el Señor, y el Salvador dijo que había puesto más que los ricos, para enseñarnos el mérito de la pureza de intención.

P. ¿Adónde fué al salir del Templo?

R. Se retiró á la falda del monte de los Olivos, donde anunció á los Apóstoles la ruina de Jerusalén y del Templo, así como el fin del mundo y las circunstancias del juicio final.

P. ¿Qué hizo después?

R. Volvió á Betania, á casa de Simón el leproso, donde una mujer derramó sobre su cabeza un licor precioso. Esta acción irritó de tal modo al avaro Judas, que concibió el designio de vender á su Maestro. Fué, pues, en busca de los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: *¿Cuánto queréis darme y os lo entregaré?* Le prometieron *treinta denarios* (unos 36 reales); era el precio de un esclavo. Judas volvió al lado del Salvador buscando ocasión de entregarle.

Dios mío, que sois todo amor, os doy gracias por habernos enviado un Salvador, cuya tierna compasión para con los pecadores le hacía verter lágrimas sobre la ingrata Jerusalén, que pronto debía condenarle á muerte. Dame la gracia de que yo mismo llore sobre mis pecados.

Propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mí prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero que todas mis acciones sean hechas con gran pureza de intención.*

LECCIÓN XI

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO TERCERO.

P. ¿Qué hizo el Salvador en sus últimas horas?

R. Celebró la Pascua con sus discípulos. A las tres de la tarde envió dos de sus Apóstoles á Jerusalén para que preparasen lo necesario para la Pascua. Les dijo: *Id á la ciudad, y luego que entréis hallaréis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre, y decid*

al padre de familia. El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; he escogido tu casa para celebrar la Pascua con mis discípulos. Enseñanos el lugar donde podré comerla con ellos. Y os enseñará una gran sala amueblada, y haréis en ella los preparativos.

P. ¿Qué nos enseñan estas palabras?

R. Que nuestro Señor sabía lo porvenir y era dueño de los corazones.

P. ¿Qué hicieron los Apóstoles?

R. Lo que el Salvador les había mandado, y lo encontraron todo como lo había vaticinado. El Salvador llegó por la noche y se puso á la Mesa con sus discípulos para comer el Cordero pascual. Entonces les dijo: *Uno de vosotros me venderá. El Hijo del Hombre se va, pero ¡ay de aquel por quien será entregado el Hijo del Hombre! Más le valiera no haber nacido...* Los Apóstoles creyeron que iba á su reino, y empezaron á disputar para saber quién de ellos ocuparía en él los puestos principales.

P. ¿Qué lección les dió el Salvador?

R. Se compadeció de su flaqueza, y les dijo que el Reino adonde iba é irían también ellos, no era como los de la tierra, y que sólo podían llevar á él la humildad y la pureza de intención. Entonces se levantó de la Mesa, les lavó los pies y les dijo: *Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pero si Yo me he humillado hasta lavaros los pies, vosotros debéis también humillaros delante de vuestros hermanos, porque Yo os he dado ejemplo para que hagáis también lo que Yo he hecho con vosotros.*

P. ¿Qué siguió al lavatorio de los pies?

R. La institución de la santa Eucaristía, destinada á reemplazar todos los sacrificios de la antigua Ley.

P. ¿Cómo instituyó el Salvador la santa Eucaristía?

R. Del modo siguiente: tomó pan, lo bendijo, lo hizo pedazos y lo dió á sus Apóstoles, diciendo: *Tomad y comed; este es mi Cuerpo, este Cuerpo que va á ser entregado para vosotros á la muerte.* Tomó en seguida un cáliz con vino, lo bendijo y lo presentó á sus Apóstoles, diciendo: *Bebed de éste todos, porque esta es mi Sangre, que será derramada por vosotros.* Les dió en seguida el poder de consagrar ellos mismos su Cuerpo y su Sangre, diciendo: *Haced esto en memoria mía.*

P. ¿Qué dijo el Salvador á Judas?

R. Después de la Comunión quiso darle la última amonestación, y le dijo: *Haz cuanto antes lo que tienes resuelto hacer; pero Judas continuó insensible y salió.*

P. ¿Qué hizo el Salvador después que salió Judas?

R. Dió las gracias después de la comida, y se entregó á toda la efusión de su ternura en la despedida que hizo á sus Apóstoles, con los cuales se fué al huerto de los Olivos.

Dios mío, que sois todo amor, os doy gracias por habernos enviado un Salvador, que nos ha dado tan grandes ejemplos de humildad y caridad; hacednos la merced de que los imitemos.

Propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero prepararme con el mayor esmero para la Comunión.

LECCIÓN XII

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

P. Refiere la Pasión de nuestro Señor.

R. El Salvador fué al huerto de Getsemaní acompañado de los once Apóstoles. Judas sabía que este era el sitio donde Jesús acostumbraba á retirarse para orar. El Salvador dijo á sus Apóstoles: *Quedaos aquí, mientras voy á orar, y orad también para no entrar en tentación; y dejando entonces á los demás, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí y velad conmigo.* Y habiendo dado algunos pasos, se apartó á la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas hizo esta oración: Padre mío, apartad de mí este cáliz, si es posible; sin embargo, que no se haga mi voluntad sino la vuestra.

Después de su oración, se levantó, vino adonde estaban sus discípulos y los halló á los tres dormidos, y dijo á Pedro: ¿Duermes, Simón? ¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación; porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Se retiró segunda vez, é hizo la misma oración. Volvió adonde estaban sus discípulos y los halló también dormidos, y se fué nuevamente, y por tercera vez hizo la misma oración. Entonces cayó en la agonía y tuvo un sudor de sangre que corrió hasta el suelo, y un Ángel bajó del Cielo para fortalecerle. Vino entonces á sus discípulos y les dijo: Dormid ahora y descansad; el que me

ha de entregar se acerca; levantaos, y salgamos á su encuentro.

Y hablaba aún, cuando llegó Judas seguido de multitud de soldados y criados, enviados por los sacerdotes y los ancianos del pueblo: unos iban armados de palos, otros llevaban linternas y antorchas. Todo esto se hacía así, para que se cumpliera el oráculo del Profeta, que había dicho al hablar del Mesías: *Le tratarán como á los malvados y ladrones*. Judas les había dado una señal, diciendo: El que yo besare, ése es; prendedle y llevadle con precaución. Luego que llegó, se adelantó hacia Jesús y le dijo: Maestro, yo os saludo. Y le besó. Jesús le dijo: Amigo mío, ¿con qué fin has venido? ¡Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre? Jesús se adelantó entonces hacia la tropa, y les dijo: ¿Á quién buscáis? Á Jesús de Nazaret, le respondieron. Jesús les dijo: Yo soy. Y en seguida cayeron todos en el suelo. Jesús, que los había derribado, permitió que volviesen á levantarse, y le prendieron.

Simón Pedro, que llevaba una espada, la desenvainó entonces, é hiriendo á un siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja derecha; pero Jesús le dijo: Dejadle, no paséis adelante. El cáliz que me ha dado mi Padre ¿he de dejar de beberle?; y curó al herido. Todos los Apóstoles emprendieron la fuga. Los judíos se llevaron á Jesús y le condujeron primero á casa de Anás, suegro de Caifás, sumo sacerdote. De allí le llevaron á casa de Caifás, donde estaban reunidos todos los sacerdotes, escribas y ancianos. Simón Pedro seguía en tanto de lejos á Jesús, y entró en el atrio del sumo sacerdote.

Caifás interrogó, pues, á Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Manifiestamente he hablado siempre al mundo; pregunta á los que me han oído. Entonces un criado le dió una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Hicieron venir, pues, testigos falsos, pero sus testimonios no estaban acordes, y el sumo sacerdote dijo á Jesús: En nombre de Dios, dinos si eres el Cristo. Jesús le respondió: Sí, Yo soy. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, y dijo: Ha blasfemado; ya no tenemos necesidad de testigos. ¿Qué os parece? Todos respondieron: Reo es de muerte. Y habiéndose retirado, dejaron á Jesús bajo la custodia de los soldados y criados, que le hicieron padecer toda clase de ultrajes.

En tanto una criada del sumo sacerdote vió á Pedro que se calentaba, y le dijo: ¿Tú también estabas con Jesús de Nazaret? Pedro lo negó hasta tres veces en presencia de todos. Entonces Jesús le miró, y el gallo cantó por segunda vez. Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: Antes que el gallo cante, tres veces me negarás. Salió y lloró amargamente.

Llegada la mañana, los sacerdotes, los escribas y los ancianos se reunieron y preguntaron nuevamente á Jesús: ¿Eres tú el Cristo? Sí, yo soy, les respondió. Condenáronle, pues, á muerte, y le llevaron al gobernador Poncio Pilato, para alcanzar permiso de darle muerte. Entonces viendo Judas que Jesús era condenado, se arrepintió; y fué al Templo y devolvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado entre-

gando la sangre del Justo. Respondieronle: ¿Qué nos importa? Eso es cuenta tuya. Salió, pues, y fué á ahorcarse. Con el dinero compraron el campo de un alfarero para enterrar á los extranjeros. Todo esto se hizo para que se cumplieran las palabras del Profeta, que había anunciado que el Mesías sería vendido por treinta monedas de plata, con las cuales se compraría el campo de un alfarero.

Dios mío, que sois todo amor, ahora veo cuánto me habéis amado; me propongo amaros de todo corazón, oh Dios mío, que padecisteis por mí.

LECCIÓN XIII

CONTINÚA LA PASIÓN DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR

P. Sigue refiriendo la historia de la Pasión de Jesús.

R. Cuando los judíos llegaron con Jesús delante de la casa de Pilato, no quisieron entrar en el pretorio, temerosos de mancharse y no poder comer la Pascua. Pilato, pues, salió fuera á ellos y les dijo: ¿De qué acusáis á este hombre? Ellos le respondieron: Si no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Pilato les dijo: Tomadle allá vosotros y juzgadle según vuestra ley. Ellos le respondieron: No nos es lícito matar á nadie.

Pilato interrogó, pues, á Jesús y le dijo: ¿Eres Tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió que era Rey; pero que su Reino no era como los de la tierra. Pilato dijo á los judíos: No hallo en este

hombre ningún motivo para condenarle. Pero se pusieron á gritar: Subleva el pueblo. Pilato dijo al Salvador: ¿No oyes de cuántos crímenes te acusan? Pero Él no respondió. Sabiendo Pilato que Jesús era de Galilea, le envió delante de Herodes. Éste deseaba sobremana ver al Salvador, esperando que haría en su presencia algún milagro, pero quedó burlada su vana curiosidad. Despreció, pues, al Salvador con todo su corazón, y habiéndole hecho poner una túnica blanca, como á loco, le volvió á enviar á Pilato.

Este dijo á los judíos: Me habéis presentado este hombre como sublevador del pueblo; le he interrogado en vuestra presencia sin encontrar en Él ningún motivo para condenarle; tampoco Herodes le ha encontrado, y por consiguiente le dejaré libre después de castigarle. Sin embargo, temía que este medio no podría salvar á Jesús, y recurrió á otro. Era costumbre que en la época de la Pascua el gobernador concediese al pueblo la libertad de un preso. Había en las cárceles un famoso criminal llamado Barrabás, que era ladrón, sedicioso y homicida. Pilato dijo al pueblo: ¿Á quién queréis que os entregue libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado el Cristo? Los sacerdotes persuadieron al pueblo para que pidiera á Barrabás y condenara á muerte á Jesús. Por eso cuando Pilato les dijo: ¿A quién de los dos queréis que os entregue libre? gritaron todos á una voz: No queremos á Jesús, escogemos á Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué queréis, pues, que haga de Jesús, el Rey de los judíos? Le respondieron todos: ¡Que sea crucificado! Les dijo otra vez: Pero ¿qué mal ha hecho? Nada hallo en Él

que merezca la muerte. Voy á azotarle y á ponerle en libertad.

Pero gritaron nuevamente: ¡Que sea crucificado! Pilato mandó entonces que le trajesen agua, y lavándose las manos en presencia del pueblo, les dijo: Inocente soy de la sangre de este Justo; pensadlo bien vosotros. Todo el pueblo respondió: ¡Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Pilato mandó entonces azotar al Salvador, y habiéndole desnudado los soldados, le pusieron un manto encarnado sobre los hombros, una corona de espinas en la cabeza y una caña en la mano; y acercándose después y doblando la rodilla delante de Él, le decían por irrisión: Dios te salve, Rey de los judíos. Y al decirlo le hundían las espinas en la cabeza, y dándole grandes golpes con la caña, le escupían en el rostro y le abofeteaban.

Hallándose el Salvador en tan horroroso estado, Pilato mandó que se lo condujesen, y enseñándole al pueblo, le dijo: ¡Ved aquí el Hombre! Al momento gritaron los príncipes de los sacerdotes: ¡Crucifícale! ¡crucifícale! Si le sueltas, no eres amigo del César. Confuso Pilato al oír esta palabra, les entregó á Jesús, para que hiciesen lo que quisieran.

Apenas fué condenado, cuando los soldados se apoderaron de Él; arrancáronle el manto de púrpura, volviendo á ponerle su vestidura y le sacaron fuera de la ciudad para crucificarle. Jesús salió con la cruz á cuestas, pero muy en breve sucumbió bajo su peso. Detuvieron á un extranjero llamado Simón el Cireneo, y le obligaron á llevar la cruz detrás de Jesús. Seguían al Salva-

dor gran multitud de pueblo y de mujeres que lloraban, y se volvió y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí; antes llorad por vosotras y por vuestros hijos. Cuando llegaron al Calvario le crucificaron con dos ladrones, uno á cada lado. Apenas fué suspendido el Salvador en la cruz, pidió perdón para sus verdugos. ¡Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

Los soldados se repartieron sus vestiduras, y sacaron á la suerte su túnica. Los judíos blasfemaban diciendo: Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creeremos en Él. Si el Salvador hubiese bajado, no hubiese sido el Mesías, porque los Profetas habían anunciado que el Mesías moriría en la cruz. El Salvador convirtióó al buen ladrón. Vió en seguida á su santísima Madre con el discípulo amado y dijo á la Virgen: Mujer, he aquí tu hijo; y á Juan: He aquí tu Madre. María adoptó á Juan por hijo, y en su persona á todos los cristianos.

Densas tinieblas se esparcieron entonces sobre toda la Tierra, y se oscureció el Sol. El Salvador clamó con alta voz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y dijo en seguida: Sed tengo. Había allí un vaso de vinagre, y al mismo tiempo uno de los que estaban presentes corrió á tomar una esponja, la empapó en vinagre, y atándola al extremo de una caña se la dió para que bebiera. Era para que se cumpliera esta profecía de David: *Apagaron mi sed con vinagre.*

Habiendo tomado Jesús el vinagre y estando seguro de que nada faltaba á su sacrificio, ni al cumplimiento de todas las profecías, ni á su amor hacia los hombres, exclamó con fuerte voz: Padre,

en tus manos encomiendo mi espíritu. Y al decir estas palabras bajó la cabeza y expiró.

Dios mío, que sois todo amor, llorando al pie de vuestra cruz renuevo de todo mi corazón el propósito de amaros sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor vuestro.

LECCIÓN XIV

SEPULTURA Y RESURRECCIÓN DE NUESTRO SEÑOR

P. ¿Qué milagros se obraron al morir el Salvador?

R. En el momento que expiró se disiparon las tinieblas que se habían esparcido sobre la tierra; desgarróse de arriba abajo el velo del Templo; tembló la Tierra, se hundieron peñascos, se abrieron sepulcros, y resucitaron muertos.

P. ¿Qué efectos produjeron estos milagros?

R. El centurión que custodiaba al Salvador se convirtió diciendo: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios*. Los soldados que le habían crucificado exclamaron á su vez: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios*; y finalmente un gran número de personas, testigos de tantos prodigios, se volvieron á la ciudad, dándose golpes de pecho.

P. ¿Qué hicieron los jefes de la Sinagoga?

R. Fueron á ver á Pilato para suplicarle que mandara romper las piernas á los tres crucificados, y Pilato envió soldados para hacer lo que pedían los judíos.

P. ¿Qué hicieron los soldados?

R. Rompieron las piernas de los ladrones, mas viendo que Jesús estaba ya muerto, no se las rompieron, y únicamente uno de los soldados le abrió con su lanza el costado, de donde salió al instante sangre y agua.

P. ¿Qué se debe advertir en esto?

R. Que cada una de estas circunstancias era el cumplimiento de una profecía, porque la Sagrada Escritura había dicho al hablar del Cordero pascual: *No romperéis ninguno de sus huesos*. Y la figura debía cumplirse en el Salvador, verdadero Cordero pascual. Y en otra parte: *Dirigieron los ojos sobre el que traspasaron*.

P. ¿Quiénes fueron los que sepultaron al Salvador?

R. José de Arimatea y Nicodemo. Le envolvieron en sábanas con perfumes, y le depositaron en un sepulcro enteramente nuevo, abierto en la roca, donde nadie había sido depositado aún, y cubriendo después la entrada con una gran losa, se retiraron.

P. ¿Qué precauciones tomaron los jefes de la Sinagoga?

R. Alcanzaron de Pilato guardias, que colocaron cerca del sepulcro, y sellaron la piedra que cerraba la entrada con el sello público; pero todo esto no sirvió más que para demostrar su debilidad y la verdad de la Resurrección de nuestro Señor.

P. ¿Cómo resucitó?

R. Por su propia virtud; el sepulcro se abrió milagrosamente, y los centinelas quedaron casi muertos de pavor.